

MARÍA EN EL EVANGELIO DE MATEO

Nuria Calduch-Benages

*Eras casi una niña desposada,
y tu mente inocente no se explica,
que un ángel ante ti casi suplica,
que aceptes la misión a ti confiada.*

*Obra en ti el corazón, que no la mente,
que da su asentimiento al ángel santo,
y diciendo que sí, ya mientras tanto,
te das con entusiasmo adolescente.*

*No das más tregua al fruto de la ciencia,
que sabes entregarte a la misión,
con gran sabiduría y decisión,
embargada por Dios y tu conciencia.*

*Es el árbol de la vida el que reclamas,
en tímida y resuelta adolescencia,
poniendo sobre todo tu paciencia,
con calma, que es vigor que arde sin llamas.*

*Nadie se sometió con tal premura,
ni hubo quien honor más grande obtuvo,
ni nunca una mujer más grande tuvo,
misión divina, en esta noche oscura.*

(Rafael Ángel Marañón)

Las narraciones de la infancia de Jesús según Mateo y según Lucas son muy diferentes. Los dos evangelistas coinciden en que Jesús nació en Belén en los días de Herodes el Grande; en que José era el esposo de María y descendiente de David, aunque ambos le niegan la paternidad biológica de Jesús; en ambos relatos la natividad está rodeada de un halo divino indiscutible. Por otro lado, si en la obra de Mateo no hay censo, ni pastores, ni presentación en el templo, en la de Lucas no hay magos de oriente, ni viaje de ida y vuelta a Egipto, ni matanza de los inocentes. Si en Mateo Jesús nace en una casa de Belén, en Lucas lo acogen las pajas de un pobre pesebre. Si en Mateo un ángel sin nombre

visita a José después de la concepción del niño, en Lucas es el arcángel Gabriel quien anuncia a María la buena noticia.

Ahora bien, lo que más sorprende al lector o a la lectora atentos es el papel que los dos evangelistas reservan a María. Lucas presenta a María como un personaje con voz propia, actuando independientemente de José, moviéndose en un espacio que trasciende el ámbito doméstico. Emprende incluso un largo viaje para visitar a su prima Isabel. María es una joven nazarena de mentalidad abierta y anchos horizontes, con gran capacidad de escucha e interiorización de la Palabra, mujer de fe que se atreve a decir “sí” aun cuando sabe, o al menos intuye, que el “no” le habría ahorrado muchos problemas. Joven valiente y decidida, de corazón libre y espíritu alegre, María nos invita a cantar con ella, a expresar con ella el agradecimiento que siente hacia el Señor porque se ha dignado a mirarla:

*Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador,
porque ha mirado la humillación de su esclava.
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí:
su nombre es Santo,
y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación.
Él hace proezas con su brazo;
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos despide vacíos.
Auxilia a Israel su siervo, acordándose de la misericordia
– como lo había prometido a nuestros padres –,
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.*

“El *Magníficat*, un retrato de su alma – dice Benedicto XVI en la *Deus caritas est* 41, texto retomado en la *Verbum Domini* 28 – está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios. Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra

de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un querer con Dios. Al estar íntimamente penetrada por la Palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada”.

Pues bien, el destacado protagonismo que Lucas otorga a María contrasta con la sobriedad literaria con que la presenta Mateo. En su evangelio María, la esposa de José y madre de Jesús, aparece entre paréntesis, como un sustantivo que no se atreve a formar parte de la frase principal y mucho menos a ser el sujeto activo de la misma, como un personaje que prefiere permanecer a la sombra de los demás antes que acaparar los focos del escenario y la atención del público. Mencionada en manera oblicua y, a primera vista, accidentalmente, María cede siempre el puesto a José, quien desde los primeros versículos toma las riendas de la acción, acaparando todo el interés del evangelista. Para Mateo, José es, sin duda alguna, el protagonista principal.

En Mt 1,18 Mateo anuncia que va a hablar del nacimiento de Jesús: “La generación de Jesús fue de esta manera”, pero en realidad no nos cuenta cómo fue el nacimiento de Jesús sino sus antecedentes y su secuela, subrayando en todo momento el difícil trance por el que pasó José, al enterarse de que su esposa estaba encinta, y su reacción obediente a las palabras del ángel. En el episodio de los magos María es mencionada solo ocasionalmente (en este caso José ni siquiera es nombrado) y en la huida a Egipto juega un papel completamente pasivo: en cuatro ocasiones Mateo nos dice que José “tomó al niño y a su madre”, poniendo el acento en la obediencia de José al ángel del Señor. Esta predilección de Mateo por José alcanza su clímax narrativo en la conclusión del evangelio de la infancia: “... y él se estableció en una ciudad llamada Nazaret” (Mt 2,23). En lugar de la tercera persona plural (ellos, es decir, toda la familia: María, José y el niño), como cabría esperar, Mateo utiliza la tercera persona singular referida evidentemente a José.

El evangelio de Mateo empieza con un texto difícil de leer y todavía más difícil de proclamar en público: la genealogía de Jesús. A primera vista parece una lista interminable de nombres en la que se repite constantemente el verbo “engendró”:

Abrahán engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, Jacob engendró a Judá y a sus hermanos. Judá engendró, de Tamar, a Fares y a Zará [...] Salmón engendró, de Rajab, a Booz; Booz engendró, de Rut, a Obed; Obed engendró a Jesé, Jesé engendró a David, el rey. David, de la mujer de Urías, engendró a Salomón...[...].

Y así hasta llegar a 39 veces. Sin embargo, el contenido de la genealogía es mucho más profundo, pues se trata de una auténtica teología de la historia. Mateo anuncia al lector que con el nacimiento de Jesús empieza una nueva era de la historia de la salvación, que la genealogía divide en tres partes: “Así las generaciones desde Abrahán a David fueron en total catorce; desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce y desde la deportación a Babilonia hasta el Cristo, catorce” (1,17).

Lo que más sorprende es que Mateo, conociendo la concepción virginal de María, no describa su genealogía sino la de José. Ahora bien, no podemos olvidar que Mateo escribe para una comunidad judeocristiana y quiere, por tanto, presentar a Jesús entroncado con la dinastía davídica a la que pertenecía José. Para ello necesita poner el acento en que Jesús es el hijo legal de José, pues según los esquemas del derecho familiar judío la descendencia pertenece más al terreno legal que al biológico. Si el objetivo de Mateo era incidir en el carácter mesiánico de Jesús, resulta lógico que su principal interés recayera en la figura de José y no en la de María. Esto no desmerece de ningún modo la función de María cuyo vientre será el receptáculo, el depositario de las promesas antiguas donde germinará el Mesías esperado por Israel.

La interminable genealogía culmina en el v. 16: “Y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo”. Curiosamente aquí Mateo rompe la fórmula que ha venido utilizando en los versículos anteriores

según la cual se tendría que leer “José engendró a Jesús”, presentando a José como el esposo de María y no al revés. A esto hay que añadir la mención, en los vv. 3 y 5 de la genealogía, de cuatro mujeres que preparan la aparición de María: Tamar, la nuera de Judá, la prostituta Rajab, Rut, la nuera de Noemí y la mujer de Urías, madre del rey Salomón. Ni todas son extranjeras, ni todas actúan de forma inmoral. Sin embargo, todas presentan alguna irregularidad que las sitúa fuera de la norma, porque han roto esquemas, tabúes, tradiciones, costumbres, porque han aceptado el riesgo de la marginalidad antes que la protección y seguridad de la ley.

Inmediatamente después de la genealogía de Jesús, Mateo narra el anuncio a José, un episodio que contrasta fuertemente con la anunciación a María por el arcángel Gabriel, obra maestra de Lucas evangelista: “se le apareció en sueños un ángel del Señor” (Mt 1,18). En el anuncio a José aparece el primero de los cinco sueños que se encuentran en el evangelio de la infancia de Mateo. A excepción del sueño de los magos de Oriente en 2,12, el protagonista de los sueños es siempre José. De ahí que el lector que conoce el Antiguo Testamento relacione, casi sin darse cuenta, estos episodios con la figura de José, el soñador, del libro del Génesis. Ahora bien, si los sueños del undécimo hijo de Jacob eran visiones en las que de una u otra manera se predecía el futuro, los sueños del esposo de María son de carácter auditivo: a través de ellos recibe mensajes de parte de Dios e indicaciones concretas sobre cómo debe actuar.

María, su madre, estaba desposada con José, y antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo (Mt 1,18).

Sí, María estaba desposada con José. Los desposorios, una costumbre de Israel, consistían en un acuerdo matrimonial con importantes efectos jurídicos que solo se podía romper mediante el divorcio o la viudedad. La ceremonia normalmente tenía lugar aproximadamente un año antes del matrimonio, tiempo durante el cual la joven permanecía en casa de sus padres y, por lo tanto, no

podía cohabitar todavía con su esposo. En realidad, la prometida era considerada esposa a todos los efectos, aunque solo con el contrato de matrimonio pasaba del poder del padre al del marido.

Estando así las cosas, María concibe por obra del Espíritu Santo. Al enterarse José de lo ocurrido, y no pudiendo alejar la sospecha de su mente, decide repudiar a su mujer no ante un tribunal sino en privado, para evitar así la difamación. Pero, gracias a la intervención del Señor a través del sueño, José no llega a repudiar a María, ni siquiera en secreto. Al contrario, “José hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y acogió a su mujer” (Mt 2,24). José se convierte, pues, en colaborador del Señor no por propia iniciativa sino por voluntad divina. Acepta con fe el misterio de su paternidad y su aceptación queda confirmada cuando pone nombre al niño, reconociéndolo así como hijo legítimo. Hagamos una hipótesis: si José hubiese repudiado a María, su reacción habría sido perfectamente lógica y comprensible, pues el principal interés de un varón judío es asegurar que los vínculos familiares estén fundados en la sangre. Sin embargo, actuando de ese modo, se habría opuesto al modelo de familia que defiende Jesús, una familia que no se basa en los lazos de sangre sino en aquellos espirituales. Así lo declaró en una ocasión, cuando se le acercaron sus familiares mientras él estaba hablando a la gente:

“Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: «Estos son mi madre y mis hermanos. El que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre»” (Mt 12,50).

Después del anuncio a José sigue la visita de los magos de Oriente, esos astrónomos babilonios, especialistas en escudriñar los fenómenos naturales.

Habiendo nacido Jesús en Belén de Judea en tiempos del rey Herodes, unos magos de Oriente se presentaron a Jerusalén preguntando; «¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo» (Mt 2,1-2).

Este pasaje resume la teología de Mateo: dos realezas entran en conflicto, una temporal y otra eterna, la de Herodes y la de Jesús. Pese a conocer las Escrituras, las autoridades judías y toda Jerusalén se asombran ante el nacimiento del Mesías y no lo reconocen; unos paganos, en cambio, los magos babilonios lo buscan, lo encuentran, lo adoran y le ofrecen sus dones, los más costosos de la tierra, que simbolizan la realeza del recién nacido.

Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron; después, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra (2,11).

En este contexto aparece María junto al niño en una escena entrañable, donde ninguno de los personajes pronuncia una sola palabra. Es su presencia la que habla, son sus gestos los que comunican, son sus corazones los que sintonizan alrededor del Rey de los judíos que acaba de nacer y de su madre que lo tiene en sus brazos. María se encuentra en casa, símbolo del hogar, de la paz, de la intimidad, de la iglesia que a todos abraza y a nadie excluye. No aparece con José, ni como prometida ni como esposa, ni preocupada por lo que ha sucedido y sus consecuencias. Está con su hijo, madre e hijo unidos por un vínculo tan profundo como indestructible. Anfitriona, reina y señora de la casa donde brilla la estrella, la casa a la que los magos acuden para adorar llenos de alegría.

Y en todo esto, ¿dónde está José? Imaginamos que también él está en casa, en la penumbra, contemplando a la madre con su hijo, admirando el misterio que no se atrevía a aceptar, reconociendo la acción del Señor en su persona y en su familia, convertido definitivamente de sus dudas y celos. Envuelto en el silencio y a la sombra de María, José empieza a entender y a sentirse parte del proyecto divino.

“En su ausencia descubrimos nuestra propia presencia como creyentes, pues también nosotros podemos, y queremos entrar con los magos en casa de María, una casa con estrella de luz perpetua, donde el oro se muestra como regalo, el aroma del incienso lo envuelve todo y la mirra no es aún amarga” (Demetria Ruiz López).

No lo hemos mencionado antes, pero cada una de las cinco escenas que componen el evangelio de la infancia de Mateo termina con una cita «de reflexión» o «de cumplimiento», es decir, una cita de la Escritura, normalmente tomada de los profetas e introducida por una fórmula que indica que las profecías del Antiguo Testamento se cumplen en los acontecimientos del Nuevo Testamento relativos a Jesús.

Tomemos por ejemplo, el episodio siguiente a la visita de los magos, es decir, el de la huida a Egipto y la matanza de los inocentes (Mt 2,13-23). Aquí, mediante una cita del profeta Oseas “De Egipto llamé a mi hijo” (Os 11,1), Mateo evoca el hecho fundacional de la historia de Israel (el éxodo de Egipto) y lo aplica curiosamente a Jesús. Digo curiosamente, porque en el evangelio esta cita aparece como un comentario de la huida a Egipto. En contraste con el texto profético, donde se trata de salir de Egipto, aquí se trata de entrar en Egipto.

De todos modos, lo que Mateo pretende es establecer una relación de analogía entre Israel (hijo de Dios) y Jesús (hijo de Dios), entre el éxodo del pueblo y el viaje del niño a Egipto. Un viaje duro, arriesgado a través del desierto y en torno a la noche, durante el cual el destino de María y de su hijo siguen unidos, un viaje que recuerda el que realizaron Moisés y Séfora con su hijo Guersom de vuelta a Egipto. María y el niño siempre bajo la protección de José, van y regresan de Egipto, siguiendo las indicaciones del ángel.

Gracias a la providencia divina (José fue avisado en sueños de la necesidad de huir a Egipto), Jesús se salvó de la persecución de Herodes. La matanza de los inocentes nos recuerda la matanza de los niños hebreos en manos del faraón, pero, en realidad, Mateo quiere asociarla a otro acontecimiento histórico que marcó el destino de Israel en otra época bien diversa: el exilio a Babilonia. De hecho, la originalidad de Mateo consiste en relacionar la persecución de Egipto y el destierro a Babilonia con los hechos acaecidos en Belén. Los inocentes nos recuerdan Egipto, Belén nos recuerda la tumba de Raquel, y según Jeremías los

hijos de Raquel son los desterrados que ansían volver a la patria. En Mt 2,18, el llanto de Raquel resuena desde la tumba a causa de una nueva persecución:

Entonces se cumplió lo dicho por medio del profeta Jeremías: «Un grito se oye en Ramá, llanto y lamentos grandes; es Raquel que llora por sus hijos y rehúsa el consuelo, porque ya no viven».

Ahora su llanto es el llanto de las madres betlemitas que lloran por la muerte de sus hijos. Jesús ha escapado de la matanza pero solo por el momento. El llanto de Raquel por los niños judíos es prefiguración de la espada que atravesará, según Simeón, el alma de María ante el drama de la pasión. Ahora bien, será el autor del cuarto evangelio el único que recordará a María junto a su hijo en el momento de la muerte, a los pies de la cruz. *Stabat mater dolorosa iuxta crucem lacrimosa, dum pendebat Filius.*

Ojalá que la meditación de estas páginas entrañables del evangelio nos ayuden a acercarnos cada vez más a María y a agradecerle su maternidad así como a tener siempre presente a nuestras madres y agradecerles el don de la vida.

*Te digo al llegar, madre,
que tú eres como el mar; que aunque las olas
de tus años se cambien y se muden,
siempre es igual tu sitio
al paso de mi alma.
No es preciso medida
ni cálculo para el conocimiento
de ese cielo de tu alma;
el color, hora eterna,
la luz de tu poniente,
te señalan ¡Oh, madre! entre las olas,
conocida y eterna en su mudanza.*

(Juan Ramón Jiménez)